

Fernando Mendoza intercalc morcillas, y entonces la obra tendrá una dirección perfecta. Lo del señor Marc ya no tiene remedio, pues ni Basurto ni Grotowsky podrían hacer nada por él.

29 de septiembre de 1968

#### LA RELIGIÓN Y LA ESCENA

El teatro tuvo su origen en la religión, pero una cosa es la religión en el teatro, y otra el teatro religioso. Este último cuenta con hermosas obras como los Autos Sacramentales hasta llegar a *Santa Margarita de Cortona* y *San Antonio Abad*, en el siglo XIX, y en nuestros días *El Mártir del Calvario* y *San Martín de Porres*. Si el lector me lo permite, prefiero olvidar el teatro religioso, sin comentarios, para hablar de la religión en el teatro, y especialmente de la última obra de este género que he visto hace unos cuantos días: *Pueblo rechazado*. Se puede o no estar de acuerdo con la tesis que se presenta en dicha obra, pero en lo que no cabe discusión es que al fin el teatro mexicano cuenta con un nuevo autor de talento, que ya le estaba haciendo mucha falta. Vicente Leñero pasa de la novela y de la telenovela al teatro, y lo hace con toda dignidad, con elegancia y con sabiduría. Puede objetársele que sea su pieza una "aria coreada" y que sea en los monólogos donde alcanza mayor brillantez literaria, pero es explicable en un novelista al escribir para el teatro. Lo mejor de *Pueblo rechazado* es el lenguaje, olvidemos y perdonemos en esta ocasión la construcción dramática para alabar el dominio del idioma que posee Leñero y su talento y elegancia para escribirlo. Es esta su primera incursión en el teatro: si continúa en él, ya aprenderá los misterios de la técnica en la construcción y evitará caer en errores como esos coros de periodistas y de fanáticos, o bien esos largos monólogos con un solo personaje en la escena. En novela esto último funciona; en teatro no, por anticuado y anti-teatral. Bienvenido sea Vicente Leñero al teatro mexicano, y ojalá nos dé las obras que esperamos.

El problema planteado en *Pueblo rechazado* es si debe admitirse o no el psicoanálisis para los sacerdotes o frailes, y toma el caso Lemercier para hacer una sincera defensa de este célebre personaje y un feroz ataque a las decisiones tomadas por el Vaticano contra él y sus sistemas. Es, pues, una obra que despertará controversias, pero desde luego yo no voy a entrar en ellas, porque lo mismo me da que psicoanalicen o no a los sacerdotes. La figura de Lemercier me es simpática porque es un hombre que ha luchado por su verdad contra todo lo establecido, y esta clase de seres son los que logran la evolución del mundo. Leñero lo compara con Galileo y con Darwin; aún es prematuro asegurarlo. De cualquier manera, Lemercier es importante, porque sacudió los cimientos de la Iglesia y creó un conflicto, no tan grave y de tanta trascendencia como la creada por el propio Paulo VI en su última Encíclica acerca de la reproducción, pero logró que penetrasen nuevas ideas, aunque fuesen rechazadas en principio. Y a partir de la noche del estreno de *Pueblo rechazado*, me es aún más simpático Lemercier, porque asistió al teatro con su esposa.

Mucho tendría que decir a propósito de la obra, pero no cabe en los límites de una crítica teatral. Me conformo con recomendarla y allá cada quien con su conciencia. Mi labor es comentar la puesta en escena, y con gusto, con mucho gusto, digo que en esta ocasión Ignacio Retes ha dirigido con acierto. Y digo que con mucho gusto, porque, a pesar de lo que se piense en contrario, yo no soy enemigo personal de nadie. Si desde que soy cronista teatral no había alabado a Retes, era porque, según mi leal saber y entender, no podía hacerlo en justicia. Por ello ahora lo escribo bien claro: Retes dirigió muy bien esta obra. Su movimiento escénico es armonioso, estético, supo aprovechar la no muy funcional escenografía de Tony Sbert a base de celdas monásticas formadas por una especie de canillas y que recordaba la escenografía de *Marat-Sade*, lo que quiere decir que Sbert se repite. Pero Retes salvó ese escollo. Sólo una crítica puedo hacerle con la mejor intención para que sea corregido el defecto: el exceso de gritos; grita Lizalde, grita Murray, grita muchísimo José Carlos Ruiz, y gritan más los periodistas y los fanáticos. Se sale del teatro con dolor de oídos. Es necesario bajar el volumen a la obra; ganará mucho con ello.

Enrique Lizalde fue una grata sorpresa para mí. Confieso que asistí al teatro predispuesto en contra de este actor porque en lo que le había visto en televisión me había parecido un galán dueño de una hermosa voz, pero de una monotonía y de una carencia de matices que alarmaba. En el teatro, Lizalde matiza, muy poco, pero matiza, y en él esto ya es una victoria. Tiene momentos excelentes, como el monólogo del Padrenuestro, bellissimo trozo de la obra, y si se esfuerza por encontrar el matiz justo a cada frase, su actuación mejorará. Lo que no entendí es por qué camina encorvado, como si fuese un anciano decrepito; un hombre como el personaje que representa, con esa fuerza interior y exterior para enfrentarse a lo más sagrado para él, no es un anciano, y si toma de ejemplo a quien inspira la pieza, menos aún debe hacerlo. Guillermo Murray fue otra sorpresa: jamás, ni en teatro ni en televisión, había actuado, se limitaba a decir sus parlamentos en un solo tono; pero ahora, otro acierto de Retes, Murray actúa, y esto debe celebrarse. Carlos Bracho y José Carlos Ruiz siempre han sido buenos actores y sólo cabe elogiarlos, aunque al segundo le reproche tanto grito. Bien Luis Heredia entre los fanáticos y bien los periodistas y los cardenales, no así los psicoanalistas.

Obra interesante, buena dirección y buenas actuaciones. Es, por tanto, muy recomendable este *Pueblo rechazado*, que marca el inicio de la carrera como dramaturgo de Vicente Leñero, a quien le exigimos, por su talento, que siga por ese camino.

10 de noviembre de 1968

#### EL TEATRO INÚTIL

Así como en las farmacias y en las peluquerías se puede leer: "Peluquería de primera clase", o bien "Farmacia de segunda categoría", en el teatro también existen esas humillantes diferencias, y lo mismo tenemos teatro de primera clase, como *Un frágil equi-*